

MIGUEL LUIS ROCUANT

RICARDO DÁVILA SILVA

Con motivo del reciente fallecimiento de don Ricardo Dávila Silva, estimamos oportuno publicar la semblanza que de él hizo don Miguel Luis Rocuant. Es curiosa la circunstancia que la originó. El señor Dávila estaba gravemente enfermo y se creía, ante el diagnóstico médico, improbable su mejoría. Una alta autoridad de la Academia Chilena, de la cual el señor Dávila era miembro eminente, ante el temor de que no estuviera representada en el sepelio, como ocurrió en el de don Ricardo Montaner Bello, designó al señor Rocuant para que hablara en nombre de la Docta Corporación. El señor Dávila se recuperó y sobrevivió más de doce años al autor de "La Barca de Ulises". Entre los papeles inéditos de éste, quedaron estas hermosas y justas páginas, que nos complacemos en dar a conocer como homenaje a don Ricardo Dávila Silva, humanista, ex catedrático de literatura griega y latina en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, ensayista y crítico literario durante algún tiempo del diario "La Nación", cuyos artículos firmaba con el seudónimo Leo Par (N. de la D.).

---

EL AMIGO que hemos venido a dejar aquí doloridamente, fue un ideólogo de tan impecable probidad que la evidenció aun al procurar que su nombre no se difundiese sino al modo de una serena y clara emanación de sus obras. La imparcialidad de esta afirmación laudatoria será validada por cuanto de él, de su vida, de sus lucubraciones y su rectitud voy a recordar, admirativamente, en nombre de la Academia Chilena de la Lengua.

Ricardo Dávila Silva se dedicó, tan luego como pudo desenlazarse de la abogacía, a satisfacer su anhelo de seguir, hasta el límite en que los viera desfallecer, los caminos de la filosofía y la literatura. Con ese propósito entró a desempeñar un cargo donde ellos no le esconderían la inextricable multiplicidad de sus orientaciones, en la Biblioteca Nacional. Allí, durante los años que fuimos compañeros de búsquedas librescas, lo vi cumplir sus deberes oficiales con rigor análogo, por lo inflexible, al orden que imponía a sus peregrinaciones mentales. Distráido tal vez, pero acordando instintivamente su andar con el paso del tiempo, llegaba a su oficina con puntualidad no menos impecable que la ya famosa de Kant. A la hora reglamentaria, se iba, fatigado de rever títulos y catálogos, pero impaciente por incorporarse, en su gabinete, como todas las tardes, a la sociedad de sus autores predilectos. Le placía averiguar, conversando con ellos, el origen de las ideas que les daban una personalidad definida y clara. Ese obsesivo afán de saber, de saber, ilimitadamente, le fue anihilando de tal modo la voluntad de ocuparse, como solía quererlo, en las tentadoras diligencias de la política, que cuando adhirió al ideario del partido liberal, lo hizo con el único fin de mostrar una preferencia que —lo esperaba— no significaría un compromiso de acción. No mucho después, a ruego de algunos de sus amigos, se resignó, diré, a profesar literatura griega en el Instituto Pedagógico. Admiraba esa literatura, porque en ella lo imaginativo y lo emocional se reducen, generalmente, a lo que puede ser comprendido por la razón. Sus antecesoras le parecían encomiables por la excelsitud de sus doctrinas morales, pero no por lo incierto del misticismo que las hace mirar de continuo, entre pavoridas y esperanzadas, más hacia lo trascendental que, como la helénica, a la realidad circundada por los horizontes de la tierra.

Renunció, sin embargo, a ese magisterio. Libre de él, se recluyó en la cátedra de sí mismo para proseguir en su soledad augusta, el estudio de las ideas filosóficas y literarias. Inclineda la frente sobre alguna página inmortal, y amparado por silencio que interrumpían, sólo de vez en cuando, las notas frescas y claras del carillón de una iglesia vecina, agotaba sus horas de libertad en esa labor minuciosa y metódica. Para quien lo veía así, su figura le recordaba, por lo pensativa y la blancura de los cabellos, la de aquel solitario medieval que no advirtió la vanidad de sus meditaciones sino al oír el llamado a la alegría y el amor que le llegaba, demoníacamente, de los jardines de Tubingen.

Justo era el recuerdo suscitado por la figura de nuestro amigo, absorto

como el personaje goethiano, pero no en disquisiciones fantásticas, sino en el empeño de apurar, para convencerse de su inconsistencia, los arabescos especulativos de alguno de sus adversarios filosóficos. Logrado ese fin, se volvía hacia sus ideas predilectas para ver de admirarlas como lo quería, en sí, libres y desceñidas de sus vestiduras verbales. Asentía al dicho democritiano de que la más pura alegría es la de contemplar las cosas bellas, pero con la salvedad de que esas cosas no eran para él las naturales, sino las ideas. Por esa preferencia, originada tal vez por su incapacidad de sentir el atractivo de lo que llamaré, escolásticamente, "cognicio sensitiva", desestimaba las ideas que esconden su esencia entre perfiles y colores, al modo de las formas de la naturaleza, y así, no atendía sino a las que le deleitaban con el primor de sus luces y sombras abstractas.

Poco a poco, sin embargo, fue extendiendo su análisis a las obras en que lo sustancial no puede ser separado de las palabras que lo expresan, sin que pierda algo, por lo menos, de la plasticidad que ellas le dan con sus valores estéticos. En artículos periódicos sobre las poesías y novelas sometidas a su veredicto, examinó la calidad de su factura y la originalidad de sus pensamientos y sentimientos. Aceptaba que algunas peculiaridades de las obras literarias —su ardentía, no justificada por el tema, su clorosis, sus frases de tinte patológico— hubiesen sido determinadas por el instinto o lo inconsciente, de un modo tan directo como cualquier otro de los actos en que ellos dejan ver lo ocultado por sus máscaras. Pero sabía que esas peculiaridades suelen ser inventadas, un recurso de los autores que desean presentarse como señoreados por algo superior a su sabiduría y a su razón, por las leyes, para ellos preestablecidas, que rigen las manifestaciones de lo misterioso. Se abstuvo, por eso, de emplear términos que evidenciasen por lo agresivos, irónicos o acidulados, una reacción de su conciencia de crítico contra el carácter esencial de las obras que estudiaba. Se redujo a juzgar lo ostensible y, así, sus artículos tienen el mérito de enseñar lo enseñable, de no ser sino severas, pero tranquilas lecciones de estética literaria.

En ellas se mostró tal como era, escéptico, porque no imponía sus pareceres, y sabio, porque los ilustraba con los dictámenes de numerosos legisladores del arte. Esos distintivos de su personalidad y de su proceder, son visibles también en su obra de exégesis evangélica, pues si acoge, en ella, las aseveraciones ortodoxas sobre Jesús, lo hace únicamente para oponerlas, en estricto paralelo, a las antidogmáticas del profesor Guigneber. A veces, movido —lo presumo— por el recuerdo de la religiosidad de su niñez, levanta

bandera contra el incrédulo, pero no tarda en abatirla, porque al emprender esa albor de crítica comparativa no esperó descubrir, confrontando tradiciones, la verdad. No —pensaría—, esa verdad debe de ser, puesto que se ha esquivado hasta hoy a las investigaciones de la ciencia, como la otra, la que sigue negándose a responder a la pregunta que, desde hace mucho, ha venido rodando, sonora, pero hueca como un caracol marino, por las playas de la historia. Su libro, el más valioso de los suyos, y en el que luce una erudición aterradora, no es —lo dice la imparcialidad en que mantiene su dialogismo— ni desvalorizadora ni apologética de la figura de Jesús.

No tuvo, con todo, la suerte de que su escepticismo continuase impidiéndole caer en conclusiones extremas. Antes aún de convencerse de que no hallaría la senda de la ventura donde procuraba descubrirla, en sus meditaciones de pensador se dejó tomar por un invencible desengaño de la vida. A veces, cuando discurría sobre los sueños de su juventud, el ligero matiz emotivo de su voz inducía a suponer que su desconsuelo pudiera venirle del infortunio de algunos de sus ardimientos sentimentales. Pero no, no había conocido esa desdicha ni, menos aún, la definitivamente irremediable de quienes han agotado la copa de las quimeras afectivas. Acrecido su mal, se fue desviando de su estudio preferido, el de las ideas, acaso porque ellas empezaban a revelarle que no eran sino reflejos intelectualizados de lo que él desdeñaba: la belleza, efímera y variable de los aspectos de las cosas. Más aún, llegó a insinuar reflexiones testimoniales de que no pensaba ya sino en la insignificancia, para él evidente, de todo lo que la inteligencia continúa vislumbrando, a veces con alegría, a veces con amargura en el breve horizonte que ella ha conseguido abrirse entre la oscuridad infinita que precedió a su aparecimiento y la oscuridad infinita que seguirá a su extinción.

No obstante, después, al llegar a la senectud, y tal vez por alguna reminiscencia de sus primeros estudios, se volvió hacia la claridad de la filosofía platónica. Ella le deleitó, como antes, con las esperanzas que sus principios insinúan y que sus conclusiones convierten —inefable triunfo de su dialéctica— en verdades permanentemente aurales. Por esto, si mañana el prestigio de nuestro noble amigo empezase a ser olvidado, deberíamos esclarecerlo recordándolo admirativamente, pero, en homenaje a esa filosofía de consuelo, con algo, por lo menos, de la serenidad de la luz que, para evocarla también, encendía Marsilio Ficino, a la hora de sus lecciones a la juventud florentina, sobre un pálido busto de Platón.